JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

LAS FEAS

COMEDIA EN UN ACTO





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LAS FEAS

COMEDIA EN UN ACTO

DE

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

Estrenada con gran éxito en el SALÓN NACIONAL la noche el 8 de Marzo de 1909



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.
Teléfono número 551
1909

A Francisco Rodrigo

Cnando leí á usted esta mi primera comedia y usted, terminada la lectura, me dijo que la aceptaba para representarla, contraje con usted una deuda de delicado valor; la que me forzaba á pagarle cumplidamente la esperanzada alegría que acababa usted de proporcionarme.

Y en el acto de contraerla, pagué á usted la deuda cumplidamente. ¿Cómo?... En un minuto de íntimo agradecimiento, tan hondo, tan efusivo, que sólo ese minuto basta á pagar cosa que cualesquiera otros valores pagarían torpemente.

No tiene, pues, la dedicatoria que hago á usted de mi comedia, la presuntuosa intención de pagarle la merced; limítase á consignarla y más aún que para su satisfacción para la mía propia.

Quiero también declarar que debe mucho el éxito de mi comedia al gran talento artístico de usted.

J. Ortiz de Pinedo.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CAROLINA	SRTA.	SÁNCHEZ (R.)
MARTA		ESTRELLA.
DARÍA	SRA.	CANO.
SAGRARIO		ALCALÁ.
DOÑA CONSUELO		HURTADO.
UNA DONCELLA	SRTA.	ESCOBAR.
ENRIQUE	SR.	RODRIGO.
BENITO		SÁNCHEZ.
CUADRADO		CANO.
DON GERARDO		CALVERA.
APUNTADOR	Sr.	Santafé.
SEGUNDO APUNTE		Mallén.

Nota importante.—Las actrices que representen los personajes de *Carolina, Sagrario* y *Daría* deben cuidar escrupulosamente el caracterizado que las haga parecer feas, pero sin grandes exageraciones y, sobre todo, sin que la fingida fealdad inspire repulsión ó desagrado en el público.

ACTO UNICO

Gabinete de confianza de casa de Don Gerardo Montilla, en Olivares. Puerta al foro. A la derecha del actor y en primer término, un balcón; en segundo término otra puerta. A la izquierda, mediando la pared, otra puerta que comunica con la sala. Mobiliario elegante. Es á las primeras horas de la tarde de un domingo de Octubre.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA y ENRIQUE

(Enrique á la izquierda, está sentado y dando vivas muestras de disgusto. Carolina á la derecha, sentada también, hojea una revista. Mira de vez en cuando á Enrique con burla cariñosa y acaba por soltar la risa. Luego hay una pausa ligera.)

ENR. ¿De qué te ríes?

CAR. De que me hace gracia verte enfadado.

ENR. Sí, lo comprendo; es ridículo ponerse como yo me pongo, pero, qué quieres, no puedo remediarlo. Si tú supieras lo que es querer, no te reirías.

CAR. Te engañas, yo nunca he tenido novio, pero sé lo que es querer.

ENR. ¿Has querido alguna vez?

CAR. Una.

ENR. ¿A quién?

CAR. A un hombre.

ENR. ¡Ya me lo figuro!

CAR. Pues te equivocas, porque no era un hombre como tú, como cualquiera.

ENR. ¿Ah, no? Pues, ¿cómo era?

CAR. Era un sér especial que yo inventé. ¡Figúrate si, no habiendo tenido nunca novio, me esmeraría en el invento!

ENR. Te envidio el humor, hija.

CAR. No, no, no es broma. Me inventé un novio y le quise en sueños. Y le quise mucho. ¡Ya ves tú si sé lo que es querer!

ENR. En sueños.

CAR. En sueños se puede querer tanto como de veras, tal vez más... ¿No ves que no cuesta ningún trabajo? Las mujeres somos así: ó tenemos novio ó lo inventamos; lo que es sin novio no podemos estar. Pero las feas como yo no tenemos otro consuelo que inventarlos ¡Y si vieras qué guapos! ¡Oh!

ENR. Claro, tampoco os cuesta ningún trabajo. ¡Ay, perdona! He querido decir...

CAR. (Riendo.) ¡Si antes que tú yo misma he dicho que soy fea! ¡La verdad!

ENR. No, Carolina, es que por repetir tu frase, sin querer... Perdona, y conste que ni he dicho que eres fea ni lo eres.

CAR. ¡Ja, ja! No lo enmiendes, hombre, déjalo; que ni tu frase ni mi cara tienen arreglo. ¡Ojalá!

ENR. (Obstinado.) ¡Es que de veras no me pareces fea, Carolina!

CAR. Vamos, que por disculparte vas á acabar por llamarme preciosa. Pues mira, á mi novio, al del invento, no le parecía yo fea, no... ¡Como que lo inventé bajo esa condición!

ENR. No era precisa.

CAR. Gracias por la galantería. ¡Ja, ja! ¡Bien te desquitas de la frase, hijo!

ENR. No es desagravio. Me pareces lo que parecerías á tu novio inventado.

CAR. ¡Ay, él sí que era guapo! ¡Nada, que todas las feas soñamos con hombres guapos! Y algunas se casan con ellos de veras, ¡mira si es suerte!

ENR. ¡Feliz tú que, aunque en broma, has tenido un novio á tu gusto! Mira si Marta se pareciera un poco á tu novio... Qué bueno sería, ¿verdad?

CAR. Pues mira, me dió un desengaño. (Enrique la mira.) En serio te lo digo: me dió un desengaño.

ENR. ¿Es posible? ¿Hasta los novios soñados engañan?

CAR. ¡Ay, hijo, como engañan casi todos los sueños!

ENR. (Riendo á pesar suyo.) ¿Acaso te hizo traición? ¿Se escapó con otra, en sueños también, por supuesto?

CAR. No fué ese el desengaño. Fué que, acostumbrada como estaba á la idea de que tenía novio, fuí haciéndome ilusiones como si fuese de verdad, de carne y hueso... ¡Ay! y un día en que iba demasiado lejos en mis ilusiones me di cuenta de la realidad y mi pobre novio, que yo tanto quería, se me evaporó por completo. ¿Quieres mayor desengaño?

ENR. Sí que lo es. Y eso que á tí te pasó en sueños es muy posible que me suceda á mí de veras.

CAR. (Riendo.) No me tomes en cuenta estas tonterías. Estabas tan mustio que algo había de decir para alegrarte. Vuélvete á tus ilusiones y que la preciosa cara de tu novia acabe de quitarte ese gesto antipático que tienes. Ah, y no vuelvas á echarme piropos, porque me ofenden. ¡Demasiado sé que soy fea!

ENR. (Observándola.) (¡Pobre! ¡Sí que es fea!)

CAR. Estás estudiando lo fea que soy, ¿verdad?

ENR. (Confuso.) ¿Eh? ¡Vamos, Carolina!...

CAR. (Riendo.) Pero, hombre, si te lo conocía en la cara, si estabas pensando: pero qué fea, qué fea es... ¡Ja, ja, ja!... ¡No te apures, hombre! ¡Ja, ja, ja!..

ESCENA II

DICHOS, DOÑA CONSUELO y DON GERARDO

CONS. (Por la derecha.) Carolina, ¿pero, qué risa es esa?

ENR. Hasta luego, tía.

CONS. Pero, ¿ya te vas?

CAR. Sí, se va porque aquí no puede seguir. En buen apuro le he puesto.

ENR. (Dándola la mano,) En ninguno. Pienso de tí mejor de lo que tú crees. (A doña Consuelo.) Despídame usted del tío.

GER. (Por la derecha.) ¿Pero no te quedas á la tertulia?

CONS. Marta dijo que vendría esta tarde.

ENR. Sí, vendré luego un rato. Voy ahora á pasear por ahí mi mal humor. ¿Y Sagrarito?

CONS. En la reja la tienes. Por la calle puedes decirla adiós. (Vase Enrique.)

ESCENA III

CAROLINA, DOÑA CONSUELO, DON GERARDO y SAGRARIO

CAR. ¡Pobre Enrique! Marta le trae de cabeza.

CONS. El tiene la culpa, ¿sabes? Yo no quiero decirle nada, pero la elección que ha hecho me parece detestable. Así que en Olivares no hay donde escoger... Hay muchachas buenísimas... y tan guapas como Marta.

GER. Pero el amor suele no tener sentido común.

SAG. (Sale por la derecha y se va por el foro.) Aquí está ya Daría. Voy á abrirla.

CONS. ¿Daría? No hay que decirlo: es siempre la primera que llega.

CAR. ¡Pobre Daría! Con las cosas que le pasan yo no sé cómo tiene ese humor. ¡Porque mira que es graciosa!

CONS. ¡Qué graciosa y qué buena!

GER. ¡Y qué fea!

CONS. Calla; es un ángel.
GER. Pero un ángel que parece un demonio.
CAR. ¿Queréis creer que á mí no me parece tan fea? Es tan buena que en su cara no veo más que la bondad.
GER. Pero, ¿á que no le ves las narices? Te apuesto lo que quieras.
CONS. No te burles, ¡pobrecilla!
(Daría y Sagrario salen riéndose.)

ESCENA IV

DICHOS y DARÍA

CAR. (Por el foro.) ¡Hola, Dariíta! (Se besan.)
GER. ¡Aquí viene la flor de lo bueno!
DARÍA ¿Es á mí?
GER. A usted, sí, señora, á usted.
DARÍA ¡Ay, don Gerardo, Dios se lo pague! En los treinta y seis años que tengo es usted el primer hombre que se ha atrevido á echarme un piropo. ¡No me han dicho nunca más que barbaridades! (Se ríen.)
CONS. (Besándola.) Pero, oye, oye, ¿de veras tienes treinta y seis años? ¡Yo que estaba en que tenías treinta!
GER. (¡Y yo en que tenía cincuenta!)
DARÍA Sí, sí, treinta. Treinta y seis justos y cabales.
GER. Ya es virtud no quitarse ninguno.
CONS. ¿Y tu madre?
DARÍA Ahora, bien, gracias á Dios.
CAR. ¿Y tus hermanos?
DARÍA Hija, como yo digo, cada vez más malos desde que están buenos. (Daría se sienta entre doña Consuelo y Carolina. Sagrario se balancea en una mecedora. Don Gerardo pasea.)
CONS. Pero mira que estás gorda, chica. Cada día estás más gorda.
DARÍA Ya, ya, estoy terrible; eso me dice todo el mundo. Dios no me habrá dado otra cosa, pero carnes...
GER. ¿Por qué no toma usted algo para desengrasar?

DARÍA ¿Y para qué, si este es mi único atractivo? Lo que me dijo una vez un tío andaluz: «Camará, ¡cuánta pasta! ¡Eche usté pasta! ¡No le farta á usté más que se la hubieran mordeao mejó!» Miren que fué ocurrencia de hombre.

CONS. ¡Qué grosero! ¿Y á tí te hizo gracia?

DARÍA A me divierten las cosas que dicen cuando tienen razón. Y los andaluces, sobre todo, me hacen una gracia...

GER. La tienen, la tienen.

DARÍA Pues ¿y lo que me dijo otro? «Oiga usté: si toas las mujeres tuvieran la cara que tié usté, ya m'había yo pegao un tiro en la barriga!»

CAR. ¡Jesús!

DARÍA «¡Mardito sea er demonio, que tié usté la cara... que pa dar er pésame á sus papás!» ¡Ja, ja, ja!

CONS. ¡Qué bruto! Pero tú le consentiste...

DARÍA ¿Y qué iba á decirle? ¿Tengo yo la culpa de ser tan fea?

SAG. ¡Mujer, no digas, que á nadie le gusta!

DARÍA (Riendo.) ¡Ay, qué buena ha estado Sagrario!

CONS. A ésta no le hubiera hecho gracia como á tí.

DARÍA Cuestión de carácter; á mí no me ofende. ¡Hay veces que hasta me burlo de mí misma!

GER. Pues es usted injusta. A mí no me parece usted tan fea como dice todo el mundo. (Se ríen.)

DARÍA Don Gerardo, que eso ya es *pitorreo*. Eso ya no es lo de antes.

GER. Es más; creo que está usted mejor que hace diez años.

DARÍA ¡Don Gerardo! ¡Pero si hace diez años no me conocía usted!

GER. Pues por eso, y porque tenía usted diez años menos.

DARÍA ¡Qué burlón! Pues mire usted, la verdad. Yo, hasta los veinte, no es que fuera guapa, pero vamos, se me podía mirar á la cara. Pero, amigo, empecé á empeorar... y todavía no he acabado.

GER. Los años, hija mía, los años que embellecen á unas y afean á otras. Ya ves tú: Carolina cuando tenía quince tampoco era una hermosura; pero ¡qué tiene que ver lo que valía entonces á lo que vale ahora! Y de Sagrario no digamos; con Sagrario me llevé un chasco. Sagrario de pequeña era una preciosidad, una verdadera preciosidad.

SAG. (Suspirando.) ¡Sí! ¡De pequeña, sí!

DARÍA ¡Ay, qué buena! ¡Qué buena ha estado Sagrario!

SAG. (Levantándose.) Hubiera preferido haber nacido fea. Porque ser bonita y dejar de serlo... ¡Jesús, qué rabia!

DARÍA (Riendo.) ¡Ay, qué buena, pero qué buena está!

(Llega Benito.)

ESCENA V

DICHOS y BENITO

BEN. ¡Santas y buenas tardes!

GER. ¡Oh, cuánto bueno!

BEN. Lo reunido aquí. (Saludando.) Doña Consuelo... Carolina.. usted siempre tan atrayente. Dariíta... usted siempre tan simpática, aunque no haya querido saludarme.

DARÍA ¿Cuándo?

BEN. Hace un cuarto de hora en la Calle Nueva.

DARÍA ¿Ah, sí? Pues no le he visto.

BEN. Iba usted riéndose, como siempre... hija de Momo. Sagrarito... tú siempre tan graciosa.

GER. (Alargándole la mano.) ¿Y yo, Benito?

BEN. Usted siempre tan oportuno.

CONS. (A Sagrario.) Abre esa puerta, niña. (Indicando la de la izquierda.) Y dí á la Juana que vaya preparando el refresco, que ya voy. (Sagrario hace mutis por el foro)

DARÍA Diga usted, Benito. ¿Es cierto lo que me han dicho?

BEN. Según quien sea y lo que sea.

DARÍA Que hace usted la corte á la niña del Registrador.

BEN. Exacto.

CONS. ¿A la del Registrador? No. Aquí han dicho que á la de Ramales.

BEN. Exacto.

CONS. ¿A cuál de las dos?

BEN. A las dos.

DARÍA ¿Ve usted? Pero si este Benito..

BEN. Yo hago el amor á todas las mujeres que me gustan. Y hay que advertir que me gustan todas.

GER. Pues esas dos son bien feas.

BEN. ¿Y qué? Mi especialidad ahora son las feas. ¡Estoy harto de mujeres guapas! Las feas son más accesibles y no digamos que más agradecidas. Cualquier cosa que diga usted á una fea lo agradece mucho.

GER. Claro.

BEN. Además, me he convencido de otra cosa: de que no hay mujer fea para el que sabe verlas con buenos ojos.

(Llega Cuadrado.)

ESCENA VI

DICHOS menos SAGRARIO. CUADRADO

CUAD. Dios guarde á ustedes, señores.

CONS. ¡Señor Cuadrado!

GER. Hombre, ¿usted por aquí? Cuánto tiempo...

BEN. Me alegro de que venga usted á la tertulia, amigo Cuadrado. Es usted un elemento necesario.

GER. ¡Ya lo creo! Todavía se acuerdan las chicas de la última tarde que vino usted.

CUAD. ¡No se han de acordar! ¡Bien las regalé el oído!

CONS. No, pues hoy que no le den á usted cuerda. Le tengo á usted miedo.

DARÍA Y yo. Dijo usted muchas atrocidades.

CUAD. (A Daría.) ¿Muchas? ¿Pero á usted le parecieron muchas? (Maliciosamente.) ¿A que no?

DARÍA ¡Jesús! ¿qué dice usted?

CUAD. A su edad de usted ya no se asustan las mujeres.

DARÍA ¿Cómo á mi edad? ¿Y no sabe usted que soy soltera?

CUAD. Razón de más. A su edad y soltera... no se asustan ni aunque se lo echen de penitencia.

GER. ¡Ja, ja, ja!...

CONS. (Levantándose.) Cuadrado, no empiece usted, por Dios...

DARÍA Observo que siempre que viene usted aquí la toma usted conmigo.

CUAD. Es porque la quiero á usted.

CONS. (A Cuadrado.) Cuidado con dispararse. Voy á preparar á ustedes el refresco. (Hace mutis por el foro.)

BEN. Siempre tan amable doña Consuelo. Es encantador venir á esta casa.

ESCENA VII

CAROLINA, DON GERARDO, DARÍA, BENITO y CUADRADO

(Don Gerardo se sienta en la mecedora. Cuadrado saca su pipa y se dispone a fumar. Benito permanece de pie.)

CAR. ¿Y su mujer de usted, Cuadrado?

GER. Ah, es verdad, que no le hemos preguntado. ¿Cómo está su mujer?

CUAD. Pensando en largar al mundo el séptimo vástago.

DARÍA Nadie le había preguntado á usted eso. Ya lo sabíamos.

BEN. Pues yo no lo sabía.

CUAD. Usted no lo sabría ¡pero esta señora sí! (Daría le mira.)

GER. ¡Caramba, siete hijos! Ya es algo.

CUAD. Pues con tan fausto motivo tendré que dar un estirón más á mi paga de capitán. ¡Y van ya siete estirones! Que es estirar. ¿Ustedes creen que eso es decente? ¿Ustedes creen que con la paga de capitán se puede uno

permitir el lujo de tener siete hijos? ¿Eh? Se conoce que mi señora me ha tomado por un general.

DARÍA Paciencia. Es Dios quien da los hijos. Dios.

CUAD. Ya, ya lo sé. Dios los da. Y el capitán los mantiene. Y á la señora no la parte un rayo.

DARÍA (¡Dios mío, qué hombre!)

GER. No haga usted caso. ¿Usted ve que dice eso? Pues aquí donde usted lo oye está enamoradísimo de su mujer.

CUAD. ¡Mucho! (A Daría.) ¿Usted no la conoce?

DARÍA No, señor.

CUAD. ¡Pues es una lástima! ¡Vería usted qué cara! Dicho sea con perdón, es más fea que usted.

DARÍA (Indignada.) ¡Cómo!

CUAD. Y más gorda. «La Niña bonita» la llaman en mi regimiento. (Todos se ríen.)

CAR. No sea usted exagerado.

CUAD. ¿Exagerado? Mira tú si decretase el Gobierno la recogida de todas las feas... la primerita que se llevaban era mi mujer. Y es lo que debía hacerse si en este país se tomaran buenas medidas. ¿En qué piensa Maura? ¿En qué piensa La Cierva, el hombre de las disposiciones?... ¡Todas las feas, monjas; al convento, á taparse la cara!... ¡O que me las mandaran á mí al cuartel para instruirlas como reclutas!

DARÍA ¡Qué barbaridad!

CAR. ¡Qué cosas dice usted!

GER. Estoy en mis glorias oyendo á usted, querido Cuadrado.

BEN. Sí que son peregrinas esas ideas.

CUAD. ¡Abajo las feas! ¡Empezando por las casadas! ¡Al claustro con ellas! O, por lo menos, que se implante el divorcio. Que pueda uno divorciarse cuando esté harto de su mujer. Porque con una mujer fea siempre delante de las narices, ¿ustedes creen que se puede vivir tranquilo?

BEN. Amigo Cuadrado, ve usted á las feas con sobrada injusticia. Figúrese que su mujer con todo lo fea que á usted le parece, en vez de

ser suya fuese mujer del coronel de su regimiento, por ejemplo. ¿Le gustaría á usted entonces?

CUAD. Hombre, siendo del coronel... lo pensaría. Pone usted unos ejemplos que, la verdad, no me disgustan.

BEN. ¿Ve usted? Por fea que parezca una mujer, basta que sea de otro para que ya le guste á uno.

CUAD. Con lo que no transijo, conste, es con las solteronas que son feas. Y que perdone esta señora.

DARÍA (¡Qué tío!)

CUAD. A esas había que matarlas, así, matarlas.

BEN. ¡Alto ahí! De las solteronas feas, como usted las llama, soy yo el defensor.

CUAD. Sí que es gusto meterse á defender eso.

BEN. A defenderlas y á admirar las que son dignas de admiración.

DARÍA ¡Eso es tener corazón y gusto! (A Cuadrado.) ¡Apúntese usted esa! (Cuadrado la mira.)

BEN. Yo lo declaro: me son simpáticas las feas. Precisamente porque de las feas nadie se cuida, porque nadie se para á mirarlas. Tiene una virtud una guapa y todo el mundo lo proclama; la tiene una fea y nadie la ve; pasa inadvertida.

CUAD. ¡Es natural!

BEN. ¿Sí? Pues feas conozco yo que valen más, mucho más que otras muy guapas, que también conozco. Con decir á usted que todas las feas me parecen buenas...

CUAD. ¡Mucho! ¡Muy buenas! ¡Unos ángeles! Mire usted un caso: mi mujer. Mi mujer es fea; pero, en cambio, es buena como una epidemia. ¡Lo reune todo! Yo no sé lo que es peor: si su cara, que es una catástrofe, ó sus intenciones, que parecen las de un toro.

CAR. ¡Avemaría!

CUAD. Hay que andar con ella más escamado que con un gato montés.

DARÍA (Con calor.) ¡Pero oiga usted! ¿Usted cree que todas las mujeres son como la suya? ¡Pues aviados estábamos!

CUAD. (Con calor.) ¡Cá, señora! ¡Alguna habrá que haga buena á la mía! (Se ríen.)

BEN. Pues yo he observado que la bondad de la mujer resalta más en las feas. Parecen más dóciles, más sinceras, más leales. Parece como si llevasen oculta una hermosura física, que no tienen y que lucha por salir á la cara... Es la tristeza, la inmensa tristeza de no ser hermosas lo que las hace aparecer más buenas.

CUAD. Mire usted, mi querido amigo; yo no veo ese mérito que usted ve en las feas. ¡A mí que me den mujeres guapas!

BEN. ¡Toma, y á mí!

CUAD. Con dos ojos como dos soles, y una mata de pelo que pese una arroba, y unas pantorrillas así .. (Señalando con ambas manos.)

DARÍA ¡Basta, basta! ¡No nos la describa usted!

CUAD. ¡Mujeres guapas, hombre! Mujeres que pueda usted darse el gusto de mirarlas, á lo menos... Pero al ver una fea, ¿qué va usted hacer más que echar á correr?

GER. Oiga usted, Benito: ¿usted tuvo una novia muy fea, verdad? Creo que habló usted una vez de ella.

BEN. Sí, señor: tuve una novia muy fea.

CAR. Y qué gravemente lo dice usted, Benito.

BEN. Porque el recuerdo no es nada alegre. Y ahora hablo en serio.

CUAD. ¡Y ahora comprendo yo por qué defiende usted á las feas!

BEN. Precisamente. Porque tuve una novia fea... que no hubiera yo cambiado por la más guapa del mundo.

DARÍA Era buena, ¿verdad?

BEN. Buena como un ángel, amorosa como una madre, sencilla como un niño. Y era muy fea, sí, hay que confesarlo... A mí me parecía bonita; el cariño que la tenía me hacía ver en su cara lo que nunca tuvo la pobre. Pues con aquella mujer tan fea yo hubiera sido feliz, muy feliz... Pero no quiso Dios que lo fuese.

CAR. ¡Cómo! ¿Se murió?

DARÍA ¿Se murió? ¡Oh, qué lástima!

BEN. Se murió... dejándome á mí debajo de esta corteza de aparente bienestar que ustedes ven, un vacío muy grande que no puede llenar ningún otro amor, que no llenaré nunca...

CUAD. Amigo, en eso no me meto. Ese es un caso especial. Si la quería usted, qué demonio, todo tiene disculpa.

BEN. Por eso miro con simpatía á las feas: porque aquella me enseñó á amar lo feo lo mismo que si fuese bonito; porque, á la postre, todas las caras de mujer parecen bonitas por feas que sean, cuando las anima una luz interior, un alma buena, un corazón hermoso... Dice usted que qué se les va á decir á las feas... Por compasión, por caridad, se las debe engañar un poco con la lisonja, que las alegra el alma... ¡Pobres feas, pobres mujeres esas que nunca han oído la lisonja de un hombre, un piropo, una flor... que sólo sirven de burla y murmuración de la gente!... ¡Y pobres enamorados si, al asomarse á los ojos hermosos de la mujer que quieren, no descubren más allá de los ojos otra belleza!

DARÍA En nombre de todas las feas, le doy á usted las gracias, Benito. ¡Ay, si todos los hombres fuesen como usted!

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA CONSUELO y una DONCELLA

(La Doncella pasa del foro á la sala con una bandeja de dulces y otra con copas. Vuelve á poco á hacer mutis por el foro.)

CONS. (A la Doncella.) Déjalo en la sala. (A los demás.) Pero, ¿qué es esto? ¿Todavía aquí sentados? Y ese piano, ¿qué hace que no suena?

GER. Sí, hay que animar esto. A ver, Benito: ¿qué programa tiene usted para hoy?

BEN. ¡Oh, excelente! Amalia los cantares andaluces. Carolina y Rosario las sevillanas. Si viene gente un rigodoncito... Y para final habrá un número de circo. Cuadrado tendrá la amabilidad de hacer la cuerda floja ó imitará el burro...

GER. Que lo imita muy bien. (Risas.)

CUAD. (Gritando.) ¡Como que imito á más de cuatro que hay en Olivares! (Yéndose á la sala.) Vamos á ver ese refresco.

DARÍA (Con Carolina.) Al piano, Carola.

BEN. (Detrás de ellas.) Primer número de todos los programas: sinfonía.

ESCENA IX

DON GERARDO, DOÑA CONSUELO, MARTA y ENRIQUE

CONS. (A Marta, que viene por el foro seguida de Enrique.) Gracias á Dios que te dignas venir. (La besa.) Pero, ¿y tu madre?

MARTA Algo delicadilla. Me ha traído la muchacha y en la puerta me he encontrado á Enrique.

GER. (Dándola la mano.) ¿Cómo está la bella Marta?

MARTA (Riendo.) ¡Jesús, la bella Marta! Eso es llamarme cupletista.

GER. Pues rectifico: la encantadora Marta.

CONS. Ya lo creo: estás guapísima.

ENR. (Con aire aburrido. Dirigiéndose á la sala.) ¿Ha venido mucha gente?

GER. Es temprano. Ya, ya se llenará la sala. Y ya se quejarán las señoras del humo.

CONS. Ah, sí, por Dios; cuando queráis fumar salíros aquí. Esa habitación se pone imposible.

GER. (Dirigiéndose á la sala.) Bien, vamos á nuestra pobre expansión provinciana.

CONS. (A Marta.) Anda, pasa. (Marta hace mutis.) Pero, ¿y Sagrario? ¿Dónde anda?

GER. ¿No estaba en la reja? Ah, ahí la tienes. (Sagrario viene llorando.)

ESCENA X

DON GERARDO, DOÑA CONSUELO y SAGRARIO

SAG. ¡Mamá!

CONS. ¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Por qué lloras?

SAG. Porque un tío que pasaba por la calle... me ha llamado... fea.

CONS. Anda, anda, ¿y por eso lloras?

GER. Tiene razón la chica.

CONS. Pues no la tiene. Si no estuvieras siempre en la reja no te dirían nada.

SAG. ¡Bastante trabajo tengo, mamá, que un día cojo el espejo y lo hago añicos!

CONS. El espejo no tiene la culpa de que tú seas fea.

SAG. ¡Pues yo tampoco la tengo!

CONS. Nadie la tiene.

SAG. Sí, mamá. ¡La tenéis vosotros!

CONS. ¡Cómo es eso!

SAG. ¡Vosotros: papá y tú!

CONS. ¡Niña!

GER. Déjala.. que tiene razón.

CONS. Dios te ha hecho así y tienes que conformarte, y hasta darle gracias por no haberte hecho peor.

SAG. Conforme, bueno, qué remedio; pero darle gracias... ¡eso sí que no, mamá!

GER. Y tiene razón la chica.

CONS. Pues sea lo que querais.

(Doña Corsuelo, don Gerardo y Sagrario entran en la sala. En este momento se oye la música de un vals ejecutado al piano. Queda la escena sola unos instantes.)

ESCENA XI

ENRIQUE y MARTA. Al final CAROLINA

(Enrique sale de la sala encendiendo un cigarro. Se sienta. A poco llega Marta. Durante esta escena se oye el piano.)

MARTA (Displicente, despechada.) ¿Es que huyes de mí?

ENR. He salido á fumarme un cigarro. Molestamos á ustedes con el humo y...

MARTA (Riendo irónica.) Y no está el tiempo para abrir los balcones. Comprendido. Y el no haberme dirigido la palabra todavía ni haberte acercado á mí.. ¿es también por causa del humo... ó de los humos?

ENR. Del humo ó de los humos, como tú quieras.

MARTA ¿Como yo quiera? Quiere decirse que tienes gana de pelea.

ENR. A fe mía, que no. De lo que tengo gana es precisamente de todo lo contrario: de vivir tranquilo.

MARTA ¿Y para vivir tranquilo no me dirijes la palabra?

ENR. (Después de mirarla con firmeza.) Sí.

MARTA (Con despecho.) ¿Qué has dicho?

ENR. (Con aplomo.) Que sí.

MARTA (Riendo.) ¡Ah, vamos!... ¿Y para esto llevas tantos días callado, receloso?... No vale la pena, hijo... Habérmelo dicho cuando lo pensaste. ¿Quieres romper las relaciones? Pues rotas están.

ENR. (Levantándose.) Pues rotas quedan.

MARTA Con ello no creas que me causas ningún perjuicio. Ni ninguna pena.

ENR. Lo sé. ¿Qué perjuicio he de causarte si tú eres ambiciosa y yo pobre, y cien veces me has echado en cara mi pobreza? ¿Y qué pena, si nunca me has querido?

MARTA ¿Por qué sabes que no te he querido?

ENR. Porque tú me lo has dicho cada vez que me has humillado por mi modesta posición.

¿Me hubieras humillado si me hubieras querido?

MARTA Te pagaba con la misma moneda... Tampoco tú me has querido á mí.

ENR. ¡No es verdad! Te he querido. ¡Bien te lo he demostrado sufriendo tus humillaciones, tus desvíos, tus vanidades, obstinado, por quererte, en que dentro de ti había una mujer, un corazón de mujer santo, dulce!... Y dejé de quererte el día que vi con claridad que en ti no hay más mujer que la que se ve por fuera.

MARTA (Riendo.) Sí, lo de siempre; tu manía de siempre.

ENR. Mi manía de siempre, sí; buscar una mujer buena, íntimamente buena, como hay muchas y como no eres tú.. Esa ha sido mi manía de mucho tiempo: buscar en ti á esa mujer. Pero tú, más cuerda que yo, me has hecho ver, eso... que lo que yo buscaba en ti era una manía.

MARTA (Imperiosa.) No te molestes en disertar, me desagrada el tono oratorio... Y, sobre todo, si hemos roto, ¿para qué hablar?

ENR. No he hecho más que contestar á una suposición tuya equivocada. Pero dices bien: no hay por qué hablar más.

MARTA (Riendo y con ademán de irse.) Ahora.. á ser felices, cada uno por su cuenta.

ENR. A ti no sé si te va á ser fácil ser feliz.

MARTA ¿Y por qué no he de serlo?

ENR. Porque pides á la suerte más de lo que suele dar.

MARTA ¿No tengo derecho á pedir?

ENR. Sin duda. El que todos tenemos. Pero ¿quién te asegura que has de encontrar lo que buscas?

MARTA (Indignada.) ¿Y por qué no he de encontrarlo? ¡Valgo más de lo que tú te figuras!

ENR. Sí, eres guapa, muy guapa... Pero no eres más que eso: guapa. El hombre que se case contigo no tendrá nada que agradecerte; eres guapa porque Dios te hizo así, no por ti misma... Solo la bondad, que es lo que

hacemos nosotros mismos, es lo que podemos agradecer al que nos la da, y solo la bondad de una mujer es lo que puede hacernos felices á los hombres.

MARTA ¡Basta, Enrique! No te tolero, ni necesito tampoco ese aire de autoridad con que pretendes humillarme.

ENR. (Riendo irónicamente) ¡Humillarte!... No, hija mía... He querido decirte, como otras veces, sé buena... Ya que no has sido buena para mí, sé buena para otro... Sé buena si quieres ser feliz.

MARTA (Con enérgico despecho.) ¡Basta, hombre de Dios, basta!

ENR. (Con fuerte ironía.) Es inútil... no te restriegues los ojos, porque no saben llorar... ¡Lástima que no sepan llorar siendo tan hermosos!

(Carolina aparece.)

CAR. Pero ¿qué hacéis aquí? (Observándolos.) ¿Otra vez regañando? Ay, hijos, hasta que os caséis no vais á parar.

MARTA (Con tono impertinente.) ¿Hasta que nos casemos? (Mira á Carolina con altivez y hace mutis riendo.) Ja, ja, ja...

ESCENA XII

ENRIQUE y CAROLINA

CAR. (Desconcertada.) ¿Qué significa esto?

ENR. Una cosa muy natural: que he roto las relaciones con Marta. Para siempre ¿sabes? para siempre.

CAR. ¿Por qué motivos?

ENR. Tú los sabes. Tú fuiste la primera en advertirme á tiempo que Marta no era la mujer que yo suponía y esperaba. A fuerza de dolores fuí convenciéndome de ello, y ahora, sin dolor, sin pena, con la frialdad del que ya no ama, he hecho lo que era natural que hiciese.

CAR. Has hecho bien. Esa risa burlona con que ha contestado á mi exclamación, me ha hecho daño... y no por mí, sino por tí.

ENR. ¡Tú sí que eres buena, prima!

CAR. Es que me duele el desprecio. ¡Cómo si tú no pudieras encontrar mujer más digna de ti que ella!

ENR. Claro que he de encontrarla. No por más digna de mí, sino para mayor fortuna mía.

CAR. ¡Así que no hay mujeres buenas, á Dios gracias!

ENR ¿Tan buenas como tú?

CAR. (Riendo.) ¡Y tan guapas! En Olivares, como en todas partes, lo que sobra son mujeres buenas.

ENR. Pues estoy decidido á que sobre una menos.

CAR. Yo misma he de buscártela, no te apures. Y ha de ser buena y guapa. Esto es, buena por partida doble.

ENR. O lo que es lo mismo, guapa por dos veces.

CAR. ¿Quieres que te indique alguna? Mira.....

ENR. No te molestes. Ya la tengo. La encontré hace tiempo sin buscarla.

CAR. ¿Un hallazgo? ¿Y quién es?

ENR. Tú.

CAR. (Le mira con asombro. Luego se echa á reir.) ¿Te has vuelto loco, primo?

ENR. Al contrario: lo que he hecho ha sido volverme cuerdo. Lo pasado ha sido una locura. Y quiero curarme de mis yerros casándome contigo.

CAR. (Riendo.) ¿Tienes ganas de juego?

ENR. Sí, prima; ¿vamos a jugar... á ser felices? ¿Quieres? Contigo yo estoy seguro de mi felicidad.

CAR. (Sin reir ya, turbándose.) ¡Enrique!... ¿Qué estás diciendo?

ENR. Que eres tú la mujer que yo buscaba ¡torpe de mí! teniéndola á mi lado. Tú eres esa mujer que yo soñaba buena, guapa...

CAR. (Con exclamación súbita, llena de vergüenza.) ¡Guapa!...

ENR. Guapa. ¿Qué te extraña? Para mí eres guapa, Carolina. ¿Quién encuentra fea la mujer

que quiere? Tú eres guapa, porque la bondad que rebosa en tu corazón te hermosea la cara .. Las egoístas, las vanidosas, las que se venden al marido sin quererle, por interés, por cálculo, ¡esas sí que son feas! Pero las mujeres como tú, que tienen el corazón abierto á todo lo que es noble y dulce en la vida, son hermosas cuya belleza no cansa, no hastía y jamás se agosta... (Carolina, profundamente conmovida, ha roto á llorar.) ¡Carolina!... ¡Carolina!

(Marta aparece. Carolina pretende reponerse; levanta la cabeza y la mantiene erguida con los ojos llenos de lágrimas.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MARTA

MARTA (Sonriendo irónica.) ¿Qué pasa? ¿Por qué llora Carolina?

EN[illegible] (Ardientemente.) Llora porque es buena. ¡Mire usted cómo llora!... ¡Mire usted qué guapa está!...

(Telón rápido.)

FIN

PRINCIPALES JUICIOS DE LA PRENSA

Con unas cuantas escenas de limpio diálogo, muy teatrales, ha conseguido el señor Ortiz de Pinedo, literato distinguidísimo entre los jóvenes, un positivo triunfo.

Idea nada nueva es la que ha elegido como fundamento de su obra: la de que el amor y la felicidad han de buscarse, no en la belleza, que pronto pasa, sino en la bondad del sentimiento, en lo más acendrado del alma, que no está sujeto á cambios ni contingencias. Pero esta sencilla idea, su alto estilo de poeta y su extraordinaria discreción, han sabido presentarla con novedad y frescura, dándole una poética emoción que es, en la ligereza del tono general de [illegible], como su médula y sustancia. Una gran compasión hacia [illegible]s que llamamos *feas* anima el diálogo y lo llena de interés y ternura.

Que el autor es de los que saben entretener al públic[illegible] acertar con sus preferencias, no cabe dudarlo, en vista de la acogida que tuvo su obra. Estrenada ante un público sincero que no se deja imponer por ningún prejuicio, y que aplaude solamente aquello que le agrada, la comedia de Ortiz de Pinedo se escuchó con gusto, se comentó con risas y se aplaudió con calor. La gran laboriosidad del joven autor ha de darnos muy pronto, así lo deseamos, ocasiones de aplaudirle de nuevo.

La interpretación, muy discreta por parte de la señora Cano, de la señorita Sánchez y de los señores Rodrigo, Sánchez y Cano.—E. Díez Canedo.

(El Globo.)

***

Una vez escribió un señor la estética de lo feo, y esa idea se recuerda ante las lindas escenas de la comedia que estrenó anoche el poeta J. Ortiz de Pinedo.

Ortiz de Pinedo es uno de los escritores jóvenes de más talento y de mas cultura, demostrados en varios libros de versos llenos de un delicado sentimentalismo.

LAS FEAS es, en su brevedad, una verdadera comedia de tesis. La belleza y la fealdad son cosas indefinibles. Una mujer guapa puede ser, y en ocasiones repetidas lo es, menos digna de cariño que una fea. Y es que la designación es cosa que responde á lo puramente superficial. La idea de belleza no sufre en ese supuesto cambio de valores; al contrario, gana en él, ya que la belleza física se sustituye por la moral, más duradera y firme, más deseable y más consoladora.

La idea de Ortiz de Pinedo está admirablemente realizada en un diálogo muy fino, irónico y sentimental. El joven poeta fué llamado muchas veces á la escena del Salón Nacional por los nutridísimos aplausos de la concurrencia.

La interpretación de la obra fué muy atinada por parte de todos los artistas.—B. G. DE C.

(*El Mundo.*)

***

Un canto á la belleza femenina lanzado por la inspiración femenina y sonora de un poeta se saborea con deleite, se aspira con fruición, nos extasía con la delicadeza de sus gratos perfumes.

Pero un poema á las feas, de feo subido, en época de tifns y vir[illegible]o se atreve á cantarlo el que tieue ciega confianz[illegible] sus dotes literarias y un crédito indiscutible en el ar[illegible]cio teatral.

[illegible]tiz de Pinedo, que es poseedor de ambas cosas, nos hizo [illegible]ar anoche un rato muy agradable defendiendo á las feas, a veces con chistes delicados, y en ocasiones con sentidas frases de ternura.

Cayó el telón en medio de la placidez que produce toda acción noble y generosa; pero... de prevalecer esa teoría quedaría sellada la venturosa paz del matrimonio.

El Sr. Ortiz de Pinedo salió varias veces al proscenio en unión de los actores á recibir los aplausos del público.—A.

(*A B C.*)

***

Salón Nacional.—A este lindísimo teatro—que no repara en sacrificios para contentar al público,—por su ambiente y por el exquisito cuidado y propiedad con que pone las obras en escena, bien pudiéramos llamarle segundo *Lara.*

En la sección de las siete se verificó anoche el estreno de una comedia en un acto y en prosa, primera producción dramática del Sr. Ortiz de Pinedo, notable poeta, delicado y sentimental, que ha escrito poesías tan simpáticas como las de su libro *Canciones juveniles,* consagrado á cantar la belleza

moral de las adorables modistillas y de las melancólicas burguesitas que sueñan con Príncipes y nobles enamorados que vendrán á sacarlas de la pobreza para hacerlas felices.

A través de LAS FEAS se vislumbra el temperamento bondadoso y la tendencia espiritual del poeta, aun cuando él, seguramente, pretendió ocultarlo, salpicando la comedia de chistes ingeniosos.

La comedia del Sr. Ortiz de Pinedo nos dice claramente que tiene su autor condiciones de dramaturgo y que ha sabido fácilmente desarrollar el asunto sin acudir á efectismo y sin hacer eso del socorrido latiguillo.

El autor de LAS FEAS, inclinándose siempre del lado de la desgracia, trata de exponer á nuestros ojos, llegando á convencernos, que la más grande belleza en la mujer es la moral, y que ésta anida generalmente en el alma de las pobrecitas feas á quienes la Naturaleza á negado sus dones.

El público, que siguió la obra con gran interés, premió al autor con una salva de aplausos, haciéndole presentarse repetidas veces en el palco escénico. Bien los merecía el señor Ortiz de Pinedo, que segnramente nos brindará pronto nuevas producciones.

La interpretación fué buenísima, sobresaliendo las señoritas Sánchez, que hizo una *fea* muy simpática: Estrella y Alcalá, y los Sres. Rodrigo, Sánchez y Cano.—J. D.

(*La Correspondencia de España.*)

***

José Ortiz de Pinedo es un escritor ingeniosísimo, y lo probó anoche una vez más con su comedia LAS FEAS, estrenada con éxito felicísimo en este teatro.

El público rió de muy buena gana las abundantes agudezas de la obra, y aplaudió á su autor y á los intérpretes, entre los que sobresalieron Luisa Cano, cada día más notable actriz; la Sra. Hurtado, la Srta. Sánchez, que hace también grandes progresos en su carrera artística, y los Sres. Rodrigo, Calvera, Cano y Sánchez.

(*Heraldo de Madrid.*)

***

El anuncio del estreno de esta obra llevó ayer al elegante teatro de la Corredera, un distinguido y numeroso público ávido de admirar una exposición de mujeres feas que, á guisa de focas, habían de exhibirse. Verdaderamente que el título era provocativo.

Sin duda para contrarrestar la impresión de los tipos de la

comedia, acudió una hermosa representación de mujeres bellísimas, que arrogantes y sugestivas, parecían congregadas para protestar de la fealdad como un delito penado por la ley del amor.

Las feas, las auténticas feas, es una obra perfectamente trazada, en la que su autor se ha propmesto presentar un ameno cuadro de costumbres de sociedad, en el que alternan las mujeres feas y ridículas con los tipos estrambóticos de señores mal humorados que no se recatan para pregonar los defectos de las solteronas de físico averiado.

Pero no todas son feas, cuya representación se ha apropiado momentáneamente y durante el espectáculo, la Sra. Cano, pues también hay guapas, el correspondiente amor y los buenos sentimientos de jóvenes galantes.

La citada comedia está salpicada de chistes de buena ley, que el público rió en diferentes pasajes, amenizados por un correcto diálogo que sostiene la hilaridad del espectador con deleite.

La interpretación resultó excelente, escuchando muchas palmas las Sras. Cano y Hurtado, Srtas. Sánchez, Estrella y Alcalá, y los Sres. Rodrigo, Calaera, Cano y Sánchez.

A la terminación se levadtó la cortina repetidas veces, saliendo á recibir los plácemes su autor, D. José Ortiz de Pinedo.—Fray Astrop.

(De *El País.*)

***

Otro estreno hubo anoche en el Salón Nacional: el de la comedia Las feas, original de D. José Ortiz de Pinedo.

Trátase de un ameno cuadro de costumbres, en el que desfilan mujeres feas y ridículas y tipos masculinos extravagantes.

La obra tiene chistes limpios y un diálogo florido.

El público dió el visto bueno al trabajo del Sr. Ortiz de Pinedo, que salió varias veces á recibir los aplausos de la concurrencia.

(De *El Imparcial.*)

OBRAS DEL MISMO AUTOR



POESÍA

Canciones juveniles.
Poemas breves.
Dolorosas.
Huerto humilde.

PROSA

La dicha humilde. (Novela).
La dicha gigante. (Novela).

Precio: UNA peseta

